

REVISION DE LIBROS

El acogimiento residencial en la protección a la infancia

J. Fernández del Valle y J. Fuertes

Madrid, Pirámide

En lo que genéricamente se llama «sistema de protección a la infancia en riesgo», los elementos más visibles social y profesionalmente son los que se sitúan en los extremos del proceso: por un lado, las situaciones de desamparo y desprotección relacionadas con las diversas formas de maltrato infantil; por otro, la alternativa más conocida y con mayor visibilidad: la adopción. La mayor parte de las publicaciones que han ido produciéndose en castellano (casi todas de la década de 1990) se ocupan, en efecto, de esas cuestiones, dejando en una zona de mayor sombra otras partes del sistema de protección de infancia. Por ejemplo, todo lo relacionado con la intervención con las familias biológicas para tratar de hacer posible en ellas un funcionamiento que responda adecuadamente a las necesidades infantiles básicas. Por ejemplo, todo lo relacionado con el acogimiento residencial, o todo lo relativo al acogimiento en familia extensa o en familias ajenas.

Entre nosotros, el acogimiento residencial ha conocido cambios trascendentales en los últimos años. Ha cambiado el tipo de niños y niñas que están en residencias, ha cambiado el tipo de residencias en las que están (cada vez más pequeñas, cada vez más profesionalizadas, cada vez más normalizadas), ha cambiado el trabajo profesional que se hace en su interior. Las nuevas realidades residenciales son sin duda menos desfavorables que las antiguas macroinstituciones autosuficientes (con su médico, su peluquero, su escuela, su capilla, sus docenas o centenares de niños, entremezclados los que estaban por razones de protección con los que estaban por razones de beneficencia...). Pero los cambios operados no siempre han sido suficientes ni en todos los casos necesariamente positivos. La realidad de la atención residencial es enormemente desigual, con centros de excelente atención y otros que llevan a cabo prácticas mucho menos interesantes o incluso mediocres.

El libro de Fernández del Valle y Fuertes sobre acogimiento residencial constituye una muy importante novedad editorial para todos los interesados en el sistema de protección a la infancia y, muy particularmente, para los interesados en el acogimiento residencial, que se define en el libro, por un lado, por las necesidades infantiles derivadas de la situación de maltrato y separación familiar en que se encuentran los afectados y, por otro, por el destino posterior a que se les vaya a encaminar (reunificación familiar, separación provisional o definitiva de su familia, independencia). En cualquiera de estos casos, la obsesión por la buena calidad en la atención a niños y niñas debe presidir el trabajo que se hace en los centros y residencias. Para que ello sea posible, la planificación, la programación y la evaluación del trabajo se convierten en elementos esenciales.

El libro es de un contenido extraordinariamente rico. La idea de definir la atención residencial tanto por las necesidades derivadas de la situación en que se encuentran niños y niñas, como por el destino que vayan a tener después de la residencia, es tan adecuada como bien presentada y desarrollada. Baste, como botón de muestra, su magnífico análisis de los factores que influyen en la reacción ante la separación de la familia de origen y las fases por las que atraviesa el proceso de duelo consecuente. Sus «diez principios de actuación para la calidad en la atención residencial» son una excelente guía para la práctica residencial. Y sus propuestas de cara a la organización, la programación y la evaluación del acogimiento residencial constituyen, junto a su análisis del perfil de los profesionales que trabajan en los centros, aportaciones tan cargadas de sentido, como de larga experiencia y buen criterio profesional.

El acogimiento residencial no tendrá nunca la visibilidad social y profesional de otros elementos del sistema de protección a la infancia en situación de riesgo. Deseablemente, irá además teniendo menos peso en el sistema, si finalmente se van incrementando los acogimientos familiares que eviten la institucionalización de algunos niños y reduzca los tiempos de estancia de muchos otros. Pero el acogimiento residencial seguirá existiendo y seguirá cumpliendo un importante papel. Y la preocupación por la calidad de la atención y la estimulación en centros y residencias seguirá siendo obligada.

Gracias al libro de Fernández del Valle y Fuertes, debería ser más fácil asegurar un acogimiento residencial de mejor calidad, con mejores programaciones y actuaciones profesionales; un acogimiento residencial muy centrado en las necesidades de los niños y niñas que por él pasan, que deben constituir la preocupación central de todos los que en él tienen algún protagonismo y alguna responsabilidad.

Para todos los interesados en el sistema de protección a la infancia y muy particularmente para todos los que tienen algo que ver con el acogimiento residencial, el libro de Fernández del Valle y Fuertes es no sólo una lectura obligada, sino una guía de actuación imprescindible. Los niños y niñas que pasen por acogimientos residenciales sin duda se beneficiarán de ello. Y el sistema de protección será mejor de lo que era.

Revisado por:

Jesús Palacios
Universidad de Sevilla

El amor por la Psicología

Cartas a un joven psicólogo, María Dolores Avia (dir.)

Alianza Editorial, 235 pp. Madrid, 2000

El itinerario del género epistolar traspasa la historia del arte, de la literatura y de la ciencia. Con fines de intercambio sentimental,

ideológico, debate político o propedéutica la fórmula de la correspondencia ha representado un recurso de aproximación con resultados de enorme eficacia. Las *Cartas a un joven psicólogo* evocan en su enunciación las *Cartas a un joven poeta* de Rilke de 1929 y tienen de común con ellas el propósito de transmitir una aventura humana a través del ejercicio de una vocación profunda. De la misma manera, la colección de epístolas /capítulos que componen este volumen tratan de extender a los psicólogos recién licenciados y a todos aquellos interesados en la psicología la experiencia de errores y aciertos, valores y puntos de vista, en los que se ha ido forjando la carrera profesional de los autores.

La psicología ha sido, entre las más nuevas, una disciplina mirada por la atención histórica y social. De no tener entidad propia hace apenas un siglo ha pasado a arrogarse en ocasiones el estatus de ciencia positiva. Acaso, como dice José Antonio Marina en su contribución a este libro, lo que amenaza a la psicología no es, como sucede en otros conocimientos, su indeterminación actual sino la plétora de sus escuelas, la proliferación de sus especialidades y la propagación de su presencia. La sociedad entera se halla psicologizada y de ello puede derivarse una amenaza para su consideración rigurosa y una peligrosa oportunidad para los simuladores y desaprensivos.

El libro que ha compilado María Dolores Avia, catedrática de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, no presenta como primera finalidad la defensa de la psicología contra los impostores, ni se expone como un manual que fije la rectitud de la disciplina pero resulta, al cabo, un modelo deontológico al modo de tantas otras compilaciones epistolares de voluntad iniciática. Logrado este fin, lo que la obra persigue además es informar a un público amplio sobre la realidad de la psicología y sus problemas, el estado del debate dentro de la disciplina y la actualidad de algunas de sus especialidades. El título, *Cartas a un joven psicólogo*, proclama pues el talante que ha inspirado su escritura, entre afectiva y confidencial, más personal que institucional, más informal que académica.

María Dolores Avia declara en su preámbulo que una máxima que se autoimpuso como editora fue la claridad del material seleccionado y el cuidado de la comunicación. Todo ello para no repetir el frecuente vicio universitario de atender más a los colegas que a los alumnos y reproducir un lenguaje plagado de sobrentendidos y alusiones cifradas. «¿De qué servirá que atesoréis muchas verdades si no las sabéis comunicar?», decía Jovellanos y esta admonición, citada en el prólogo, ha guiado la voluntad de estilo que traspasa la obra. Efectivamente, si el libro se proponía ayudar a jóvenes profesionales en su quehacer inmediato y continuar como un complemento de su formación reciente no podía extraviarse en un lenguaje erudito y oscuro. La demanda valdría para todo producto intelectual pero aún más si su misión consistía, como era el caso, en esclarecer cada aspecto de la psicología.

De la psicología de la salud a la psicología de la personalidad, desde la psicoterapia a la psicología social, desde las recomendaciones de un psicólogo del aprendizaje a un terapeuta de conducta. Las especialidades podrían ser muchas más puesto que la psicología ha estallado en un archipiélago de técnicas y teorías pero el recuento abarca acaso lo más visible en el mundo profesional y se brinda como un variada noticia respecto a la realidad de nuestros días.

En este último sentido, no parece una casualidad, por tanto, que el libro empiece con la psicología de la salud porque la desmedida preocupación por la salud se ha constituido como una nueva

«enfermedad mental» de estos tiempos. Así, de la obsesión excesiva por la salud puede caerse enfermo. Como también, según expone Rafael Ballester, profesor de esta especialidad, «se puede tener salud mientras se está enfermo.» La salud sería, en fin, algo más que la ausencia de enfermedad y se relacionaría con «una actitud alegre hacia la vida», según ha escrito Sigerist. Pero también, como el placer y el dolor, como la vida y la muerte, la enfermedad y la salud son dos conceptos que se implican y dialogan consustancialmente. ¿Será necesario un psicólogo de la salud para dar sentido y valor a esa dialéctica? «Ya sé que hay quien duda de la legitimidad o de la necesidad de la psicología de la salud», comenta, como para sí, Ballester, pero enseguida encuentra un tropel de argumentos para defender su existencia legítima, dentro o fuera de la psicología clínica. Una psicología de la salud en los ámbitos de la prevención, en la intervención sobre enfermedades concretas desde el cáncer a la diabetes, el alcoholismo o el sida, en la asistencia al cuerpo médico, etc., que debería ser cada vez más un servicio en los hospitales públicos, por lo menos.

En cuanto a los psicoterapeutas, cuatro de los catorce capítulos que configuran las *Cartas a un joven psicólogo* están escritos por estos profesionales. Emilio Gutiérrez, responsable del servicio de Terapia Familiar de la Universidad de Santiago, previene, en general, contra los prejuicios de profesar en una escuela determinada y seguir inflexiblemente una teoría. Contra ese mal Gutiérrez opone la mayor permeabilidad ante las quejas del paciente porque, asegura, «psicoterapeuta y paciente deben hablar el mismo lenguaje».

Pero además, dice al destinatario de su epístola: «¿Quieres otra regla? (para ejercer el oficio). No evitar que el paciente mejore por sí solo. Incluso, en ocasiones, una queja remite espontáneamente. Otras veces una queja se mantiene durante años y sobrevive a todos los intentos de remedio probados. Éste es el panorama de la psicoterapia, que va desde la remisión espontánea hasta la cronicidad. Seguramente te preguntarán si un diagnóstico correcto no evitaría esta aculturación de la queja». Respuesta: «...el diagnóstico no es crucial en psicoterapia...porque los objetivos y las metas no las marca el diagnóstico, sino que es un proceso de colaboración entre el terapeuta y el cliente.» Finalmente, «cuando alguien se te queje de su »yo« -aduce- primero mira si tiene una piedra en el zapato. Con esto quiero señalar que a veces mejorar algún aspecto pequeño y aparentemente periférico tiene grandes repercusiones. Como con los electrodomésticos cuando no funcionan, primero mirar el enchufe...»

De otra manera diferente pero tupida a su vez de recomendaciones, Arabella Villalobos, expone las maneras de proceder de un terapeuta de la conducta. El capítulo va dirigido a alcanzar el rigor y la eficiencia pero conoce de sobra las dificultades de curación y la fragilidad de las mejorías. Como consecuencia, una de sus ponderadas advertencias es la de no tener prisa en los tratamientos y respetar el tiempo que cada persona necesita para incorporar a su vida las nuevas estrategias que se le han propuesto. Igualmente, dentro de los cuidados en la atención, Villalobos incita a la humildad profesional de manera que los terapeutas no se permitan la insensatez de pasar por alto sus limitaciones y no renuncien a solicitar supervisión cuando perciben que la necesitan.

María Ángeles Ruiz es también terapeuta, terapeuta cognitiva. O, mejor, cognitivo- conductual. «Pertenezco -afirma- al grupo de terapeutas que consideran que la manera en que nos percibimos a nosotros mismos, a los demás, los acontecimientos que nos ocurren y el mundo que nos rodea, así como las interpretaciones y

conclusiones que a raíz de ello vamos extrayendo, determinan en gran medida nuestro comportamiento y nuestros sentimientos» No elude la profesora Ruiz, titular de Modificación de Conducta en la UNED, las críticas que se dirigen a las dificultades metodológicas que entraña la constatación empírica de la mayoría de los modelos explicativos que se van formulando sobre el funcionamiento de la actividad mental y sobre su influencia en el comportamiento. Acepta esos posibles inconvenientes que empeñan la exigencia del método experimental pero despliega una serie de argumentos generales e interiores a la dialéctica de la práctica terapéutica para reafirmarse en la elección de su práctica curativa. En la manera de percibir o interpretar el mundo participan de una forma importante las creencias pero ¿qué decir, sobre todo, de las emociones? Es precisamente a las emociones a dónde va dirigida la terapia. El objetivo central de un tratamiento no es cambiar las creencias irracionales o enseñar a las personas a percibirse a sí mismas y a los demás desde diferentes perspectivas, sino revisar sólo aquellas que le estén generando malestar. Es decir, la finalidad de la terapia no sería la de enseñar a las personas a ser más racionales, lógicas, imparciales, etc. «El verdadero objetivo es hacer ver al paciente que, puesto que existen diferentes puntos de vista, puede cuestionarse la perspectiva, reglas o planteamientos que están guiando su percepción y su valoraciones y, si lo considera necesario, revisarlos y sustituirlos por otros que no interfieran seriamente con su bienestar o su felicidad.»

El cuarto terapeuta -José Antonio García-Monge- llama enseguida la atención de sus jóvenes colegas. «No olvidéis -alerta al paciente psicólogo- que en la persona que tienes ante ti como paciente, »viven sus padres«. Esto será importante para comprenderle, también desde la humanidad consciente». Hay muy atinadas consideraciones en este capítulo sobre la enfermedad, el sufrimiento y el dolor. El dolor (físico, psíquico, moral, social, etc.) sería un dato de la vida mientras el sufrimiento sería una elaboración mental (cognitiva y emocional) de ese dato vivenciado. Pero, además, ¿qué decir de la escucha? «Existen técnicas de escucha activa -señala- pero saber escuchar es un arte... Para escuchar bien, tienes que aprender, querer y poder silenciar tu ego y ponerte empáticamente ante el otro. Tenemos dentro muchos ruidos; la psicoterapia exige silencio y palabra, escuchar creativamente, sin inventarte al otro, sólo acogiéndolo en todas sus dimensiones, incluso en sus evitaciones.»

Meditaciones e indicaciones de este género, derivadas de la experiencia, convierten a menudo estas «cartas» en un testimonio emocional y a la psicología que se maneja en una atrayente actividad con densa proyección sobre la vida de las personas. Contra la simplificación de los tratamientos, contra la conversión de los individuos en simples artefactos bioquímicos va dirigido el capítulo del psicopatólogo Carmelo Vázquez, subtítulo «Memorias de un cuarentón». Previene primero el profesor Vázquez contra la caricaturización de los códigos al estilo de los DSM (el vademécum de las enfermedades mentales) y alienta para que el profesional preste máxima atención a los síntomas y problemas particulares de los pacientes. La regla sería un máximo de singularización y mínimo de aplicación estándar. Paralelamente, un buen profesional sabrá defenderse de las constricciones de lo que hoy, por influencia norteamericana, pone en primer lugar la productividad y la eficacia acelerada, especialmente con psicofármacos. «Tengo la convicción -dice el profesor Vázquez- de que »lo psicológico« (los deseos, las intenciones, las expectativas, la comunicación) necesita de un nivel de explicación que casi siempre va a estar por enci-

ma, integrando, y superando lo que desde visiones más moleculares del ser humano se vaya descubriendo bajo el microscopio.» «¿Cómo se va a entender la reacción ante la pérdida, el sentimiento trágico de la vida, los celos insufribles o la afición desmedida a la máquina tragaperras por el mal funcionamiento de un neurotransmisor o un circuito neural?»

Jesús Sanz, profesor en la Universidad Complutense, explica precisamente como la psicología de la personalidad trata con la persona en su totalidad. Pero ¿cuáles serían las unidades más apropiadas para describir la personalidad humana? En los últimos años -informa- muchos psicólogos de la personalidad han coincidido en señalar que la mayor parte de las diferencias entre individuos pueden resumirse utilizando cinco factores, los llamados «Cinco Grandes» (*Big Five*). Estos cinco factores se memorizarían con la palabra ARENA y son Amabilidad, Responsabilidad, Extraversión, Neuroticismo y Apertura. Según el profesor Sanz este modelo de los Cinco Grandes se ha mostrado como un poderoso marco «para predecir importantes cuestiones vitales tales como la salud, el bienestar psicológico y los resultados esperables de ciertas terapias psicológicas; y se han visto reforzados por estudios de genética conductual que muestran que muchos rasgos de personalidad están determinados en gran parte por la herencia.»

¿La psicología de la personalidad? El profesor José Manuel Otero-López no ahorra al lector casi ninguna de las dificultades que asedian a la disciplina. Empezando por el objeto de la psicología de la personalidad, siguiendo por la enorme convergencia de materias que la cruzan (la psicología evolutiva, la clínica, el aprendizaje, la metodología, la psicología social, la sociología, la antropología y hasta la biología) y terminando con la vibrante disputa entre tendencias y escuelas. La Babel que presenta el profesor Otero-López, criminólogo además de psicólogo, se soluciona al fin, para tranquilidad del lector, con el hallazgo del sujeto más buscado: La Persona.

Por su parte, el psicólogo social Florentino Moreno, que también se pregunta sobre la sustentación científica de la Psicología, no duda de su creciente presencia e importancia en nuestra época de cambios continuos. Pero ¿es el individuo el que puede cambiar la sociedad o es la sociedad la que determina al individuo? Florentino Moreno acepta que las modificaciones en las cogniciones, emociones o percepciones puedan suponer un impulso para la acción, acepta que doten de capacidad y energía al individuo. Pero concluye que si no van acompañadas de modificaciones objetivas en su entorno de relaciones físicas y sociales, la persona retrocede.

«Estimada Inés», comienza su carta Jesús Martín Cordero hablando de Psicología de la Educación. Inés es el nombre de una alumna a quien ha dirigido la tesis doctoral y con quien se ha venido comunicando a través del correo electrónico. Pero ahora ha llegado el momento de volver a la vieja fórmula epistolar, menos flexible y «más comprometida» y, por qué no, más «pomposa». Refiriéndose a su especialidad dice tajante: «Creo que la educación no es sino la forma más sofisticada de ese proceso de transmisión de conocimientos. Es la versión sofisticada de nuestra competencia comunicativa...»

Para comunicarse mejor, María Luisa Bernardos, profesora de Psicología de la Personalidad de la UCM, empieza apoyándose en una conocida cita de Kavafis sobre el valor del viaje y su relación, en cuanto proceso, con la formación de una identidad. ¿En qué consiste la identidad personal? «Yo creo -se responde- que hay dos elementos básicos de la identidad personal que constituyen los

principios integradores de nuestra vida mental: unidad y continuidad». Principios que se corresponden tanto con la *experiencia subjetiva* que todos tenemos respecto a nosotros mismos (yo siento, veo, sueño, etc.) como con la evocación de acontecimientos pasados en los que me reconozco siendo yo quien los vive. «La conciencia de uno mismo y la memoria autobiográfica son los pilares psicológicos en los que se cimenta nuestro sentido de ser individuos hechos de tiempo.»

Conocerse a sí mismo y conocer a los demás, son las motivaciones más frecuentes que inducen a estudiar psicología. Pero ¿añadirá, además, la psicología poderes especiales sobre los otros? Luis Aguado, profesor de la Universidad Complutense, disuade sobre esta última potencia pero no duda en reconocer los méritos de la psicología para comprender el porqué de los apegos a las creencias mágicas o las interpretaciones irracionales. Su capítulo es un recorrido sobre la condición científica de la psicología y los avatares de su historia, para finalizar con un tema de moda: la teoría de las redes neuronales o «conexionismo». ¿Un paso decisivo en la ciencia? «Quizás -observa el catedrático- el momento actual sea el más ecléctico en la historia de la psicología, un eclecticismo que no debe significar desorientación, sino reconocimiento de la complejidad de los problemas que queremos resolver y de los considerables avances que se han producido en todas las áreas de la psicología...»

... Que cada vez más, como anota Nieves Rojo, se encuentra en manos de psicólogas. ¿Se diferencian, sin embargo, un hombre y una mujer psicólogos en su práctica profesional? «El hecho de que el libro, la dirección o la terapia sean responsabilidades de un hombre o de una mujer me parece absolutamente irrelevante», ataja. Lo que no le parece igual, en todo caso, son las dificultades que una mujer encuentra en el desempeño de su trabajo profesional, sea el que sea. «Bien, hombres y mujeres somos como estos artistas de circo, atendiendo a las exigencias de nuestro trabajo, a nuestra familia, a nuestra promoción, a los plazos de la hipoteca; sólo que las mujeres, en general, sostenemos más platos girando.»

Finalmente, como última contribución de los profesionales de la Psicología en esta obra, Marino Pérez, profesor de la Universidad de Oviedo, lanza tres sugerencias para jóvenes profesionales. La primera es una llamada para que lean a los autores clásicos. «Fíate más de los autores clásicos que de los presentes», dice. La segunda es «estudiar otras cosas fuera de la psicología para saber precisamente más psicología. «El psicólogo que sólo sabe psicología, ni psicología sabe», escribió Pinillos. Y, la tercera, es no achicarse ante la necesidad de opinar, no cohibirse ante los demás con el saber del psicólogo. El psicólogo puede ser sabio combinando tres elementos: el sentido común, el punto de vista *emic* y *etic*, (algo así como ser a un tiempo empático y distante) y la actitud crítica ante la sociedad. Con estos consejos que incluyen también la lectura de las comedias y tragedias de Shakespeare, *El Quijote* y las enseñanzas flaubertianas de *Bouvard y Pecuchet*, se despiden los maestros psicólogos que participan en el libro.

A continuación, los tres últimos capítulos corren a cargo de tres prestigiosos profesionales de materias afines como son Josep M^a Farré (psiquiatra), Violeta de Monte (lingüista) y José Antonio Marina (filósofo). Cada uno de sus artículos, muy pertinentes y sugestivos, sirven como colofón a un volumen que suma a su valor profesional y humano la amabilidad del tratamiento y la invitación a la ciencia. La editora María Dolores Avia, tan exigente con la selección de los autores y tan declaradamente interesada en presentar textos claros y atractivos, ha visto satisfechos sus

propósitos con creces: el libro enseña psicología y enseña a amar la psicología.

Revisado por:

Alejandra Ferrándiz

UNED. Madrid

.....

Eugenics: a Reassessment

Richard Lynn

London: Praeger, 2001

Richard Lynn es Profesor Emérito por la Universidad del Ulster (Irlanda del Norte). En «*Eugenics: A reassessment*», se discute uno de los tópicos más vilipendiados de la historia de la Psicología: la eugenesia. El mero hecho de usar este término es suficiente para ser «agredido» desde diversos flancos. Solamente por ello es francamente difícil entender la existencia de este ensayo.

¿Qué es la eugenesia? He aquí algunas proposiciones básicas de esa disciplina:

- Existen cualidades humanas valiosas. Salud, inteligencia y moralidad constituyen ejemplos notables.
- Esas cualidades son la base de un país –su calidad de vida y su poder económico, científico y militar.
- Esas cualidades están influidas por los genes y por el medio ambiente.
- En la segunda parte del siglo XX, esas cualidades se han degradado a través de un proceso denominado *disgenesis*. La eugenesia puede corregir esa tendencia.
- Se puede mejorar la calidad genética de una población a través de las denominadas «eugenesia clásica» y «nueva eugenesia». La eugenesia clásica consiste en aplicar a los humanos los conocimientos atesorados durante siglos a las plantas y los animales.
- La nueva eugenesia se basa en los desarrollos recientes de la biotecnología –inseminación artificial, diagnóstico prenatal de enfermedades y trastornos, fertilización *in vitro*, clonación e ingeniería genética.
- La eugenesia intenta mejorar las cualidades de los individuos y, por tanto, de los países.
- Las discusiones y reservas presentes en las sociedades occidentales sobre el uso de la biotecnología son poco realistas, ya que los individuos y algunas sociedades no-occidentales emplearán los nuevos avances científicos.

Desde la primer página, Lynn se muestra sorprendido de que la eugenesia se haya desacreditado como disciplina científica, siendo, sostiene él, esencialmente correcta. En las 320 páginas restantes de su ensayo, presenta las evidencias que lo demuestran y aplica la doctrina eugenésica con sobriedad, seriedad y contundencia.

En la primera parte se describe la historia de la eugenesia. Se presenta los métodos de eugenesia positiva y negativa, es decir, la potenciación o no-potenciación de la fertilidad de los individuos más o menos sanos, inteligentes y morales. Se señala como anecdota el caso de la decadencia del Imperio español como un ejemplo claro de *disgenesis*, ya que los ciudadanos más inteligentes y

morales se daban al celibato por motivos religiosos, con lo que su patrimonio genético se perdía. Hasta mediado el siglo XX, la eugenesia era aceptada por la sociedad occidental. Algunos intelectuales que apoyaban la eugenesia son Julian Huxley (director de la UNESCO), Francis Crick (co-descubridor de la estructura del ADN), Bertrand Russell, George Bernard Shaw, Winston Churchill o H.G. Wells. Lynn discute aquí la vinculación entre la Alemania nazi y la eugenesia, sosteniendo que la campaña nazi contra los judíos no se basó en la eugenesia, sino en la lucha por la supremacía mundial, en la que los judíos eran vistos como los principales competidores. En varios países se practicaron esterilizaciones con motivación eugenésica. Así, por ejemplo, en Suecia se esterilizaron 60.000 personas, es decir, el doble que las practicadas en la Alemania nazi. En Inglaterra no hubo esterilizaciones, pero las personas con retraso mental se segregaron en instituciones según sexo para evitar que tuvieran descendencia. En la década de los 60, la eugenesia comenzó su declive. El motivo fue la predominancia de los derechos del *individuo* frente a los derechos de la *sociedad*. No obstante, este declive no se ha experimentado en algunos países asiáticos, puesto que en ellos la sociedad está por encima del individuo.

En la segunda parte se presentan los objetivos de la eugenesia. La preocupación de Lynn es «promover la mejora genética de la humanidad y el desarrollo de la cultura y la civilización que resultará de esa mejora» (p. 57). No de ciertas poblaciones humanas, sino de la humanidad. La primera vía para mejorar la calidad genética de la humanidad es eliminar las enfermedades y los trastornos con causas genéticas. La segunda es mejorar la inteligencia a través de la promoción de la descendencia de los ciudadanos más inteligentes y las prácticas para disuadir a los ciudadanos menos inteligentes de que tengan descendencia. La tercera vía es propiciar rasgos de personalidad como la cordialidad y la responsabilidad. Capítulo aparte merece la personalidad psicopática. La eugenesia debería reducir su presencia en una sociedad que pretende ser saludable.

En la tercera parte se discute la aplicación de la eugenesia clásica. Se trataría de *eliminar* los genes que reducen la salud, la inteligencia y la moralidad (eugenesia negativa) y de *potenciar* los genes que aumentan la salud, la inteligencia y la moralidad de los individuos (eugenesia positiva). Para demostrar que esto es posible, Lynn revisa las evidencias sobre la heredabilidad de la inteligencia, la personalidad o la psicopatía. La investigación ha demostrado que los genes están implicados. Siendo así, es posible tomar medidas para eliminar los genes que atentan contra esas cualidades humanas. Algunas de estas medidas son la reducción del número de embarazos no-deseados, el aborto libre, la esterilización voluntaria o consensuada, el uso de incentivos para evitar la descendencia socialmente no deseada o la obligación de obtener una licencia de paternidad antes de tener descendencia.

En la cuarta parte se describe la nueva eugenesia. De entrada se presentan los desarrollos recientes de la biotecnología, tales como la inseminación artificial, la donación de óvulos, el diagnóstico prenatal de trastornos genéticos, la selección de embriones, la ingeniería genética y la clonación. La discusión del autor resulta provocadora, tanto por las evidencias empíricas que expone, como por las opiniones que destaca. Se menciona un estudio realizado por Wertz (1998) en 36 países en el que se encuestó a casi tres mil médicos que realizaban diagnósticos prenatales. Gran parte de los encuestados respondieron positivamente a la siguiente afirmación: «un objetivo básico del consejo genético es reducir el número de

genes *malignos* en la población». ¿Es éste un objetivo básico de la eugenesia? Lynn responde afirmativamente, señalando que aunque en la sociedad occidental se rechaza la eugenesia, se practica asiduamente. Cuando discute la inseminación artificial, Lynn comenta: «es curioso que la Iglesia Católica condene la inseminación artificial ya que Jesucristo y su madre, María, son precursores en el uso de esta tecnología» (p. 259). No entiende el autor por qué algunos países occidentales (entre ellos España) han prohibido la selección de embriones o la clonación de humanos. Los ciudadanos tienen derecho a usar una tecnología que no causaría daño a terceros y que les haría muy felices.

En los tres últimos capítulos del ensayo, Lynn comenta el posible uso de la eugenesia en las sociedades democráticas y autoritarias, así como la configuración mundial que resultará del uso de medidas eugenésicas por parte de determinados países. Su predicción es que las sociedades occidentales seguirán siendo hostiles con la eugenesia, pero eso no ocurrirá con algunos de sus ciudadanos. Sin embargo, algunas sociedades autoritarias, especialmente las del este asiático, usarán rutinariamente la eugenesia. Ya que las premisas en las que se basa esta disciplina son esencialmente correctas, el este asiático y especialmente China está destinada a convertirse en la nueva potencia mundial. Estados Unidos perderá rápidamente protagonismo, ya que está actualmente experimentando una fuerte tendencia disgenésica. Europa se mantendrá durante un tiempo a la altura de las nuevas circunstancias, porque, entre otras cosas, es más conservadora que Estados Unidos en política de inmigración de personal no cualificado. Ésta es la predicción concreta que Lynn presenta.

Aunque no cabe esperar políticas eugenésicas en las sociedades democráticas occidentales, existe en los individuos un potente deseo de que sus niños sean saludables e inteligentes. La tecnología que permite satisfacer este deseo estará a punto en poco tiempo. Y nada puede impedir que los individuos hagan uso de ella, especialmente si existen lugares en el mundo que la ofertan. La situación será similar a la que se producía hace años cuando las españolas tenían que viajar a Londres para abortar. En su país estaba prohibido, pero eso no impedía que viajaran para cumplir sus deseos personales de terminar su embarazo no deseado.

Lynn también predice que el uso rutinario de la selección de embriones en determinados países asiáticos tendrá el efecto de incrementar 15 puntos de CI el nivel de la población en una sola generación. La nueva generación será considerablemente más inteligente que las correspondientes generaciones de otros países. El impacto de este incremento se puede ejemplificar a través del rápido desarrollo experimentado por Japón, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur en la última parte del siglo XX. Estas poblaciones presentan actualmente un CI promedio 5 puntos por encima del promedio de los europeos o los norteamericanos. Esta ventaja intelectual puede ser responsable de su desarrollo acelerado. ¿Qué cabe esperar de una ventaja intelectual tres veces superior?

El uso rutinario de la eugenesia, especialmente la selección de embriones, la clonación y la ingeniería genética, por parte de países como China, llevará a que se conviertan en la nueva potencia mundial. Esto puede ser deseable o no, pero es inevitable, según la visión de Lynn: «este escenario para el siglo XXI, en el que China asume la dominación del mundo y establece un estado mundial basado en la eugenesia, puede considerarse poco atractivo. Pero esa no es la cuestión. Debe contemplarse como el resultado inevitable de la predicción hecha por Galton a comienzos del siglo XX

según la cual la nación que primero se someta a una disciplina eugenésica será la que heredará la tierra» (p. 320).

La breve revisión de contenidos del denso ensayo que se está reseñando aquí es suficiente para tomar conciencia del alto contenido polémico que alberga. El probable lector tiene dos posibilidades: negar de entrada o escuchar lo que el autor tiene que decir. «Negar de entrada» le parece al encargado de esta revisión una alternativa oscurantista, mientras que «escuchar» le parece una alternativa ilustrada. Si se opta por escuchar, es difícil concluir que la eugenesia se basa en conocimientos falsos o pseudocientíficos, aunque algunas de sus evidencias son criticables sobre los datos disponibles. Un ejemplo especialmente revelador es el del efecto corrector que la eugenesia tendría sobre una supuesta tendencia disgenésica. Resulta que las ganancias generacionales de inteligencia observadas en las sociedades occidentales durante el siglo XX –el denominado Efecto Flynn– contradicen la tesis de que el nivel intelectual de la población se está deteriorando. Si el *pool* genético de las sociedades democráticas occidentales estuviese empeorando, ¿cómo es posible que esté aumentando el nivel medio de inteligencia de esas sociedades? Colom, Andrés-Pueyo y Juan-Espinosa (1998) o Colom y García-López (en prensa) han mostrado ese incremento generacional de inteligencia en España. Además, Colom, Juan-Espinosa y García (2001) han demostrado que el incremento valorado a través de los tests conlleva un aumento *real* de inteligencia. Siendo esto así, la necesidad de la eugenesia para paliar el efecto de la disgenesia es claramente dudosa.

Con todo, suponiendo que se reconozca que la eugenesia puede cumplir en parte lo que dice que puede hacer, el lector ilustrado puede apoyar o no su aplicación. Y esta aplicación tiene una vertiente doble que Lynn señala nítidamente y que no basta con negar: el ciudadano puede practicar la eugenesia por su cuenta y la eugenesia se puede practicar a nivel social. La eugenesia ya se practica de hecho a título individual en la sociedad occidental en la que vivimos. Así, por ejemplo, la decisión de una pareja de abortar cuando se detecta un trastorno genético en el feto tras un diagnóstico prenatal es eugenesia, aunque se le llame de otro modo más correcto políticamente. Sin embargo, socialmente la eugenesia ni se practica ni, como comenta Lynn, cabe esperar que se practique en el inminente futuro en nuestra sociedad.

El caso cambia cuando nos referimos a otras sociedades no-occidentales, como China. Allí se usa la eugenesia como un progra-

ma social y se usarán los nuevos desarrollos en biotecnología. Es posible que esto divida al mundo, como Lynn predice. Tal división produciría un primer mundo de ciudadanos extremadamente inteligentes y saludables y un segundo mundo semejante al que hemos conocido hasta ahora. ¿Es esto posible? En principio parece posible. ¿Generará eso alguna reacción en las sociedades democráticas occidentales? También parece posible. ¿Irá esa reacción en la dirección de instaurar políticas masivas basadas en la doctrina eugenésica para mantenerse a la altura de las circunstancias?

Si se le pregunta al autor de esta reseña, cosa poco probable, respondería que espera que no sea así. Mi opinión es similar a la de Ian Malcolm, el matemático que visitó el *Parque Jurásico* ideado por Michael Crichton: «si tengo un sistema meteorológico en el que empiezo con una cierta temperatura, y una cierta velocidad del viento y una cierta humedad, y después lo repito caso con las mismas temperatura, viento y humedad, el segundo sistema no se comportará casi igual; se desviará y rápidamente se volverá muy diferente del primero; tormentas de truenos en vez de sol. El proyecto de Parque Jurásico es un sistema aparentemente simple, animales dentro de un jardín zoológico, que, al final, exhibirán un comportamiento impredecible. La historia de la evolución es que la vida escapa a todas las barreras. La vida evade los encierros. La vida se expande a nuevos territorios. No se puede ver la secuencia del ADN y predecir la conducta».

REFERENCIAS

- Colom, R.; Andrés Pueyo, A. y Juan-Espinosa, M. (1998). Generational IQ gains: Spanish data. *Personality and Individual Differences*, 25, 5, 927-935.
- Colom, R.; Juan-Espinosa, M. y García, L.F. (2001). The secular increase in test scores is a 'Jensen effect'. *Personality and Individual Differences*, 30, 553-559.
- Colom, R. y García-López, O. (in press). Secular increase in fluid intelligence: evidence from the Culture-Fair Intelligence Test. *Journal of Biosocial Science*.

Revisado por:

Roberto Colom

Universidad Autónoma de Madrid